

Acoso textual: los rostros de la soledad humana

Por Cecilia Ansaldo Briones

Galería “Madelaine Hollander”, Guayaquil, jueves 23 de septiembre de 1999

Introducción

Desde *Fiesta de solitarios*, allá por 1992, todavía en la “veleidad” de ser Ministro de Educación, nuestro Raúl Vallejo —y digo nuestro por conocerlo y sentirlo como un escritor guayaquileño, pese a que haya nacido en Manta y viva ahora en Quito— no había presentado otro libro de ficción. Median en su vida sus compromisos laborales en el campo educativo y una Maestría en los Estados Unidos. Lo importante es que nunca abandonó sus prácticas creativas, por eso, ya era hora de conocer algo de aquello que lo ha tenido ocupado durante todos estos años. He aquí, entonces, una buena muestra de su inquebrantable vocación de narrador.

Una novela en medio de una obra sostenida dentro del cuento

Vale empezar recordando que Raúl Vallejo es autor de cinco libros de cuentos, que en 1978 escribió y hasta ganó el premio José de la Cuadra con una novela corta titulada *Toda temblor, toda ilusión* que extrañamente, nunca ha publicado, en todo caso, no ha escrito todavía una novela, empresa que suele ser habitual (jamás indispensable) en la carrera de un autor que se dedica a la narrativa. Si traigo a la luz estos datos es porque ahora sí estamos frente a una obra que se sale de los compactos cauces del cuento, género que Raúl conoce muy bien, para expandirse en esta pieza de más envergadura narrativa (e insisto en que estos reconocimientos no tienen nada que ver con la calidad o con las habilidades del escritor), pieza que no intenta llegar al cosmos totalizante de una novela.

Acoso textual es una *nouvelle* en la línea de las narraciones epistolares de todos los tiempos, que levanta su novedad en que la correspondencia que se intercambia se hace por vía electrónica y en que la identidad de los carteantes permanece en la incógnita.

Frente a los aires de experimentalismo que puede esperarse de un trabajo situado en la plataforma telemática, me he preguntado un poco sobre el desarrollo de la novela latinoamericana y ecuatoriana de la última década. He recordado que después de las cumbres experimentales del *boom*, la novela realimentó el placer de leer historias ricas en sucesos, continuó buceando en las complejidades interiores del personaje e hizo alianza entre lo nuevo y lo tradicional. En la década de los ochenta tuvimos dedicación a la novela negra (con Osvaldo Soriano, Ricardo Piglia, Antonio Skármeta y Mempo Gardinelli) y en los noventa advinimos a una novela reflexiva, a medio camino entre la novelesca y la crítica en la cual lo fundamental ha sido darle tratamiento a una “relación problemática del yo con el mundo”. Este es el pronunciamiento que me abre la puerta al pequeño orbe de *Acoso textual*.

De los fragmentos que buscan integrarse a un todo

La historia en su dimensión novelesca —es decir, de historia novedosa, en el más viejo sentido del término— es reducida. Un personaje de imprecisa identidad sexuada, estudiante de posgrado de una universidad en Washington, que hace tres clases a la semana y pasa por una racha de aislamiento —situación que, por cierto, no se justifica en la ficción— ha ido creando diferentes relaciones a través del correo electrónico, cambiando la identidad en cada una. Así, a la persona joven que solo conoceremos como quien vive detrás de la dirección banano@wam.umd.edu ha desarrollado tres personalidades femeninas y tres masculinas para conectarse con sus 6 corresponsales.

Lo interesante de la obra es la cuidadosa creación de esos 6 personajes que entregan periódicamente sus correspondientes *mail* a <banano>, en textos cuya manera de estar escritos, referencias a sus mundos respectivos, carga informativa y valores sociales, dibuja en sus rasgos determinantes a hombres y mujeres, detenidos en sus particulares dramas. Así:

<azucena>, es una muchacha barcelonesa de aventuras nocturnas y criticidad creciente, frente a ella <banano> es un seductor que la enamora evadiendo la erotización verbal

<nostalgico> es un ejecutivo argentino, quien cansado de la rutina se prende a una relación con una joven estudiante de ciencias políticas ecuatoriana, segunda identidad, ahora femenina, de <banano>.

<enquirer> es un ama de casa latina que vive en San Antonio, Texas, y con quien <banano> tiene identidad de varón, estudiante de periodismo, ambos intercambian criterios sobre los famosos, sobre la vida que se trasluce en las revistas y compartes ansias sexuales.

<pozole>, el cuarto destinatario, es un gastrónomo mexicano con quien el peso de la correspondencia de un <banano>, otra vez varón, se dedica al arte de comer en la diversidad de placeres pantagruélicos que la vida regala

<sabrina> es otra estudiante universitaria, inteligente, crítica, quien con argumentos feministas combate la pornografía así como deplora todo tipo de censuras; con ella <banano> es una dialogante del mismo nivel.

<bicho> es un “todólogo” de Stanford, como sostiene el narrador, con este destinatario se produce el intercambio más intelectual de la historia, <banano>—mujer comparte con él la gula del saber.

La integración de este rompecabezas de textos no acusa los antiguos desafíos hacia un lector—constructor como en el caso de *Rayuela*, de Cortázar, la célebre novela de ordenamiento múltiple. No. Pese a la variedad de voces y los diferentes estilos que aportan los *mail*, la composición narrativa es mesurada: los 33 trozos o partes se balancean equilibradamente de tal manera que cada personaje tiene a su cargo no más de 2 cartas, siempre seguidas por alguna respuesta de <banano> y por la voz dominante

y reflexiva del narrador-personaje, de ese <banano> incógnito que concentra la atención significadora.

El ahorro de información es extraordinario: que el intercambio de un par de cartas dibuje la índole de una relación entre dos sujetos; que los estilos, económicamente sugeridos perfilen la naturaleza de una ligazón emocional y cierta armazón psicológica de sus protagonistas, comprime a tal punto los sentidos, que el texto en su conjunto es un concierto de voces en el que “no pasa nada” desde el punto de vista de la acción como categoría literaria.

El meollo de esta concisión reside en el poder de sugerir que tiene la palabra, pero la palabra manipulada literariamente que centuplica su posibilidad significante al punto de exigirnos una *gramática de la suposición* en la cual el lector diestro —con destreza dada por la práctica de la vida, por nuestra propia inserción en las tecnologías comunicativas de hoy— entiende, acota, dialoga con el texto. Así, esa carencia de acción queda suplida por el acontecer interior, por la aventura de la siquis humana.

El drama individual

Por muchos adjetivos que sirvan para calificarla, esta es una *novela interiorista* (y reconozco que ni siquiera existe esta palabra), una novela que nos plantea varios de los rostros de la soledad humana. La historia de *ese* o *esa* estudiante anónimo vale como metáfora de los riesgos de un modelo de vida que va creciendo en la medida en que se imponen sus rasgos y al que difícilmente puede sustraerse el ciudadano de fin de siglo (o de fin de milenio, que esos dos diagnósticos se ensayan). Dentro de la ficción no se explica muy bien por qué el personaje ha abandonado la vida de joven común (pasear, reír, asistir a fiestas, tener sexo indiscriminado los viernes) para recluirse en su habitación a navegar en la fuga cibernética y a multiplicarse con máscaras distintas en la ruta inabarcable de la internet. Lo encontramos ya diluido en el drama de ser muchos —seis dialogantes, seis identidades distintas— corroído por su fragmentación al punto de planear desconectarse y despedirse de todos para recuperarse como ser.

Acostumbrado a inventarse, el personaje se expresa en primera persona, pero permanentemente le sale al paso una tercera, dimensión gramatical del “otro”, cualquiera que sea, ese otro, en el texto, también es un narrador. Este vaivén de un *yo* a un *él* en los trozos reflexivos es un rasgo caracterizador de las narraciones que simultanean tiempos, situaciones y voces, he aquí un ejemplo:

“Su cerebro requiere de quien entienda cómo la vivencia parece reventar en el interior de cada uno. Soy un ser remendado, compuesto de retazos deshilachados, hecho añicos como estatuilla de yeso arrojada al suelo por manos iracundas. Quiero sentirme uno y sólo uno otra vez...” (14)

Este <banano> ambiguo, en los pocos momentos que rompe el cerco de su elegida cárcel, recorre los centros comerciales de la ciudad y asistiendo al espectáculo de la diversidad confronta su “propia y secreta indefinición”. Se plantea su necesidad de amar y la atiende en la telaraña imaginaria que sostiene sus soledades: allí está <azucena>, la joven de Barcelona, con quien cultiva un sueño amoroso, pero a quien le dice “tengo que saber con exactitud quién dentro de mí es el que sueña en ti”; y

<nostálgico>, el exitoso ejecutivo de Buenos Aires que rompe su rutina bordando una ligazón ilusoria con una <banano>—mujer que le alimenta el proyecto de un encuentro en Quito, en La Habana, o en New York.

Soledad irremediable frente a la mujer que se esconde detrás de la dirección de enquirer@aol.com porque con ella, banano se entrega al remedo de acto sexual que resulta del uso del *chat*.

El drama del encerramiento individual, al punto de ponerse en peligro de atrofiar sensibilidad y sociabilidad, queda claro: banano escribe el último mensaje, lo dirige a <bicho>, el más racional de sus destinatarios y con copia a los otros se despide porque “necesito recoger los miles de pedacitos en que he dividido mi persona” (134). Una esperanza de encuentro pondrá en jaque la posibilidad de seguir creyendo en el contacto concreto y definido entre seres humanos. O en la evidencia de renunciar a toda esperanza.

Siguen contando los otros

El amplio círculo de dialogantes es uno de los aciertos de la novela. Si bien reina un aire intelectual entre los elegidos y los temas de conversación lo ratifican, impresiona la variedad de temas de singular actualidad que se derrama en las precisas páginas de la obra. Naturalmente, en la conversación con <bicho>, estudiante de Stanford se centran las preocupaciones del estudioso de literatura que es Raúl Vallejo (y que frecuentó el academicismo norteamericano en su estancia en los Estados Unidos hace tan solo un par de años): la discusión de los seguidores y detractores del llamado *canon occidental* en materia literaria aporta luces a quienes se interesan por estos temas, al mismo tiempo que revisa con acerba criticidad la importación de las categorías de validación de los Estados Unidos. Ocurre que ahora “la construcción académica de nuevos productos de estudio” domina la preocupación universitaria y hasta permite medir, a costa de ello, el respeto que se merece la institución que la practica o deja de hacerlo.

Hay otros intercambios que aportan diagnósticos del presente: con <nostalgico>, aspectos económicos y políticos de Argentina y otros países de latinoamérica; con <sabrina> se le da una rápida mirada al enfoque sexista de la pornografía; hasta la tonta <enquirer> permite ver los efectos de alienación en una vida pendiente de las revistas del corazón y la prensa dedicada a recoger las hazañas de los *papparazzi*.

Es decir, que la vieja tesis que siempre puso cerca a la sociedad y la literatura, sigue teniendo material para sostenerse. En las obras narrativas, la amplitud del mundo tiene espacio de significación, y el más agudo problema individual encuentra sus lazos con el marco social en el que se encierran sus angustias. Por eso, el ser humano de hoy, partícula en una sociedad tecnificada, que ha acrecentado los medios de comunicarse por complejas vías electrónicas, ha ido perdiendo sus conexiones de carnal y directa humanidad, y se encierra cada vez más en sus confortables pero plásticas burbujas de existencia. Esta clase de persona está en el centro de *Acoso textual*, probados los sucedáneos de relaciones humanas que ha tenido, opta por cortar esos pseudo vínculos para buscarse a sí misma.

Sí a la tecnofascinación, pero...

Acoso textual ilustra consciente, deliberadamente, una faceta de la vida de nuestros días. Nos induce a revisar que los adelantos científicos y técnicos no van de la mano con la felicidad ni el enriquecimiento humanos, que perfectamente podemos ser más eruditos, estar más informados y enquistarnos mejor en la arquitectura del mundo sin conquistar con ello el desarrollo del espíritu ni la plenitud de la vida.

Fascinados por la técnica, deslumbrados por la innovación, aturcidos por los placeres epidérmicos podríamos perder de vista muchas cosas. Felizmente, hay y siempre habrá literatura —como ésta— que nos lo advierta.